

La mota negra

Esto no es un libro. Esto no es un prólogo. Esto es un alegato en favor del naturalísimo matrimonio entre la **contemplación placentera** y el **pensar inquietante**. Bueno, para ser un poco coherentes, digamos que como no vamos a extendernos en argumentaciones, ni en exposiciones y mucho menos en discusiones, más que alegato vamos a entonar un **elogio**, que no es menos **firme** y sí muchísimo más **festivo**.

Porque **pensar** está bien, pero muy a menudo da resultados desagradabilísimos en el corto plazo, en aquella **distancia corta** en la que se define nuestro realísimo día a día. Por ello, y no por otra razón, es entendible y perfectamente asumible la **alergia** que toda persona razonable tiene hacia el pensar. **Aplausos**. Silencio. Ayuda muchísimo a reivindicar el darle alguna que otra vuelta a las cosas, el advertir que las actividades humanas cargadas de contenido son más soportables, y el pensar el primero. Si la primavera solo trae alergias no le va a interesar a nadie. Pero la primavera también trae **sol** que calienta y largas horas de **luz** que dan un acabar civilizado a cualquier jornada laboral. Y también trae **color**, y flores, que es tan cursi como verdad manifiesta. Y es que señores, señoras, si la píldora no viene dorada hay que lloverla de oro hasta que le exuden los hijos por casi todos los poros de la piel. Y todo esto porque este

libro es **agradable**, y este libro también es siniestro. Este libro invita a esbozar una sonrisa. Este libro obliga a fruncir el ceño en no pocos momentos. **Sonreír** y **fruncir** al unísono, porque demasiadas veces tendemos a poner una sensación placentera y atractiva como contraria a un cierto desasosiego. La belleza de todo aquello que es ciertamente siniestro es fundamental para su **asimilación**. Todo lo terrible que goza de la **aclamación pública** no lo consigue por su carácter **aterrador** sino por alguna característica que se le ha asociado y que lo hace atrayente. A nadie le seduce el mal, aunque la historia parezca indicar lo contrario. Hay mucho escrito sobre el tema, pero desgraciadamente hemos leído poquísimo. Yo el primero.

El placer de la contemplación de un **dibujo**, el placer de la relación establecida, el cerrar el círculo del sentido no evidente, son unas muletas perfectas para mirarse con la suficiente ironía un mensaje crudo, maloliente, incómodo, el lado oscuro de la vida. Si lo que se pretende es comunicar, cualquier mensaje, ya sea grande, ya sea insignificante, ha de ir cargado de vueltas y revueltas, de susurros y gritos, de caricias, horripilantes palmadas en la espalda y rotundos cachetes. Pim pam pum, estás muerto! Pero tranquilos, se trata simplemente, y por ponernos un tanto cenizos, de **la mota negra** que es prólogo fatídico de **algún tesoro**.